

Lecturas del Bautismo del Señor - Ciclo B

Domingo, 7 de enero de 2024

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías (42,1-4.6-7):

Así dice el Señor: «Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, a quien prefiero. Sobre él he puesto mi espíritu, para que traiga el derecho a las naciones. No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagará. Promoverá fielmente el derecho, no vacilará ni se quebrará, hasta implantar el derecho en la tierra, y sus leyes que esperan las islas. Yo, el Señor, te he llamado con justicia, te he cogido de la mano, te he formado, y te he hecho alianza de un pueblo, luz de las naciones. Para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la prisión, y de la mazmorra a los que habitan las tinieblas.»

Salmo

Sal 28,1a.2.3ac-4.3b.9b-10

R/. El Señor bendice a su pueblo con la paz

Hijos de Dios, aclamad al Señor,
aclamad la gloria del nombre del Señor,
postraos ante el Señor en el atrio sagrado. **R/.**

La voz del Señor sobre las aguas,
el Señor sobre las aguas torrenciales.
La voz del Señor es potente,
la voz del Señor es magnífica. **R/.**

El Dios de la gloria ha tronado.
En su templo un grito unánime: «¡Gloria!»
El Señor se sienta por encima del aguacero,
el Señor se sienta como rey eterno. **R/.**

Segunda lectura

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (10,34-38):

En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: «Está claro que Dios no hace distinciones; acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea. Envió su palabra a los israelitas, anunciando la paz que traería Jesucristo, el Señor de todos. Conocéis lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque la cosa empezó en Galilea. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.»

Evangelio

Lectura del santo evangelio según san Marcos (1,7-11):

En aquel tiempo, proclamaba Juan: «Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco agacharme para desatarle las sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo.»

Por entonces llegó Jesús desde Nazaret de Galilea a que Juan lo bautizara en el Jordán. Apenas salió del agua, vio rasgarse el cielo y al Espíritu bajar hacia él como una paloma.

Se oyó una voz del cielo: «Tú eres mi Hijo amado, mi predilecto.»

Comentario a las lecturas.

Terminamos el tiempo de Navidad con la solemnidad del Bautismo del Señor.. Decir Bautismo para un cristiano es decir muchas cosas: ser hijos de Dios, incorporarse al mundo de los sacramentos, ser miembro de la Iglesia... Habría que recuperar la mística de nuestro Bautismo. Este domingo nos puede ayudar a ello de un modo único.

La primera lectura nos presenta al siervo de Dios. Este siervo tiene un estilo particularísimo: no gritará, no clamará, no voceará por las calles, la caña cascada no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagará, promoverá fielmente el derecho, no vacilará ni se quebrará. Esa caña somos nosotros. Dios está de nuestra parte. No quiere quebrarnos. Se acerca en el ser más entrañable y cercano que podemos imaginar: Jesús, el Hijo de un Dios que se hace uno de nosotros. De ese Dios que es amor.

Poco sabemos del Jesús niño o adolescente, todo se resume en unas pocas frases muy concisas: "bajó con ellos y les estuvo sometido", "el hijo de José", "el

artesano". No conocemos el motivo del anonimato de esos años, pero encontramos a Jesús, ya formado, dispuesto a bautizarse.

Hasta entonces, Jesús había vivido tranquilamente en Nazaret. Pero el anuncio del Reino, hecho por Juan el Bautista, le hace entrar "en crisis", le animó a cambiar de vida, a buscar algo nuevo. Abandonó los valores tradicionales, y se abrió a los valores del Reino, proclamados en las Bienaventuranzas. Deja su familia humana, para crear en torno a Él una nueva familia, la de los que hacen la voluntad del Padre.

El Bautismo de Jesús no era necesario para Él. Estaba libre de todo pecado. Pero se bautiza para que el agua de Dios se derrame sin discriminación sobre todos. Los primeros cristianos creían que el bautismo era solo para los judíos. Los planes de Dios son otros. En el Jordán se derrama sobre Jesús, pero es solo el comienzo. Y Dios hace que san Pedro se convenza de que no es así. El agua de santificación se puede verter también sobre los paganos. Ya al despedirse, Cristo resucitado lo había dicho a sus discípulos: "id por todo el mundo y bautizad en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt 28, 19).

Para ser de los de Jesús, hay que pasar por el rito del agua. Juan Bautista, el precursor, ya llamaba a la gente al desierto para que, en el silencio, pudieran purificarse y comenzar una nueva vida. Limpiar los cuerpos con el agua simbolizaba lo mucho que había que purificar para poder entrar en la nueva era que estaba a punto de iniciarse. De este modo comenzó Jesús su ministerio profético, haciéndose bautizar por Juan Bautista. Así comienza la vida de cada hombre que se sabe llamado a convertirse en discípulo de Jesús: dejándose renovar por el baño del agua y del Espíritu. Es que el Bautismo recuerda la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo. Miles de personas hemos recibido ese bautismo de Jesús. Hemos pasado a formar parte de su comunidad de seguidores. Hemos entrado en la nueva época del Reino de Dios.

Como Cristo, estamos ungidos, somos otros "Cristos". El Espíritu de Dios está en cada uno de nosotros.

Hermano Templario: ¿Qué hacemos para que ese Espíritu no se apague e inspire todos nuestros actos? ¿Cómo se nota en nuestra vida que somos bautizados? Quizá deberíamos poner la mira más en las cosas de arriba, no tanto en las de la tierra. *Porque hemos muerto al mundo, y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios.* (cfr. Col 3, 2-3)

El sumergirse en el agua, pues, representaba la muerte y la sepultura. En cambio, el salir del agua es un signo de la resurrección. Por eso, al salir del agua se produce la revelación del Espíritu y del Padre, al rasgarse los cielos. Se presenta así el nuevo mundo del reino, en el que todos somos hijos en el Hijo. La voz del cielo que se escuchó nos recuerda la profunda unión de Cristo con el Padre. El Hijo amado se presenta ante el mundo, y el Padre se manifiesta para que todos escuchemos las Palabras de vida de Cristo. (cfr. Mc 9, 7)

Porque han pasado ya las fiestas de Navidad y Epifanía. Los ángeles se han retirado, se ha ido la estrella de Belén, los Magos han vuelto a su tierra, los pastores han retornado con sus rebaños, empieza para nosotros el programa del tiempo ordinario: buscar al perdido, curar al lastimado, alimentar al hambriento, liberar al prisionero, reconstruir las naciones, conseguir la paz entre los hermanos, llenar de música el corazón. Entre todos, si somos capaces de llevar esto a cabo, lograremos que sea Navidad. Que siempre sea Navidad. Demos gracias a Dios por el don del Bautismo. Y pidámosle que seamos dignos del nombre de cristianos que, por nuestro Bautismo, llevamos.

NNDNN

✠ Dios Padre te necesita, cuenta contigo, te pide acciones concretas cada día para transformar la humanidad con su Palabra. Proponte cada día una acción concreta que vaya cambiando tu ser.



FORMULA ORACIONAL de la ASAMBLEA TEMPLARIA DE ORACIÓN

- 1- Posición y relajación del cuerpo, en pie, sentados o arrodillados cada uno asumiendo la postura que favorezca más su concentración. Lo importante, independientemente de la posición que se adopte, es colocarnos con la actitud de un ser ante su Creador y Padre, rodeados y acogidos por su fortaleza y ternura y transportados al tiempo eterno.
- 2- Cerrar los ojos. Calmar toda emoción. Silenciar toda actividad mental discursiva e imaginativa. Alcanzar el máximo de intensidad para, como sugiere el Papa Francisco sentir que “La oración no es magia, sino un confiarse en el abrazo del Padre. Tú debes orar a quien te engendró, al que te dio la vida a ti concretamente”.
- 3- Desde esa actitud, sintiendo como dice Francisco que “tenemos un Padre cercanísimo que nos abraza”, recitamos el Padrenuestro de forma sentida:

***Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.
Venga a nosotros tu Reino, hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día y perdona nuestras ofensas, porque
nosotros ya hemos perdonado a quienes nos ofenden.
No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal.***

Porque Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre y en los siglos de los siglos.

Amén.

Versión en Latín:

Pater Noster, qui es in coelis, sanctificetur nomen tuum.

Adveniat Regnum tuum, fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra.

Panem nostrum cotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris.

Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo.

Quia Tuum Regnum, et Potestas et Gloria, Pater, Filius et Spiritus Sanctus, nunc et semper et in saecula

Amen

- 4- A continuación, siguiendo la indicación de nuestro padre San Bernardo que dice que “ésta es la voluntad de Dios: quiere que todo lo tengamos por María”, rezaremos el Ave María.
- 5- Continuamos centrando la atención dentro de nosotros mismos, en el corazón, tratando de sentir la presencia del Espíritu de Dios en él. Y así, siguiendo el ritmo de la respiración, según el método de Oración Hesicasta decimos interiormente:

"Señor", (alargando la pronunciación al tiempo de la inspiración; al expirar, en profunda meditación decimos): " ten piedad "....

"Señor (inspiración), ten piedad (expiración), o bien: " " Señor Jesucristo (inspiración) ten piedad (expiración).

Larga Vida Al Temple